

La vieja memoria de 1936

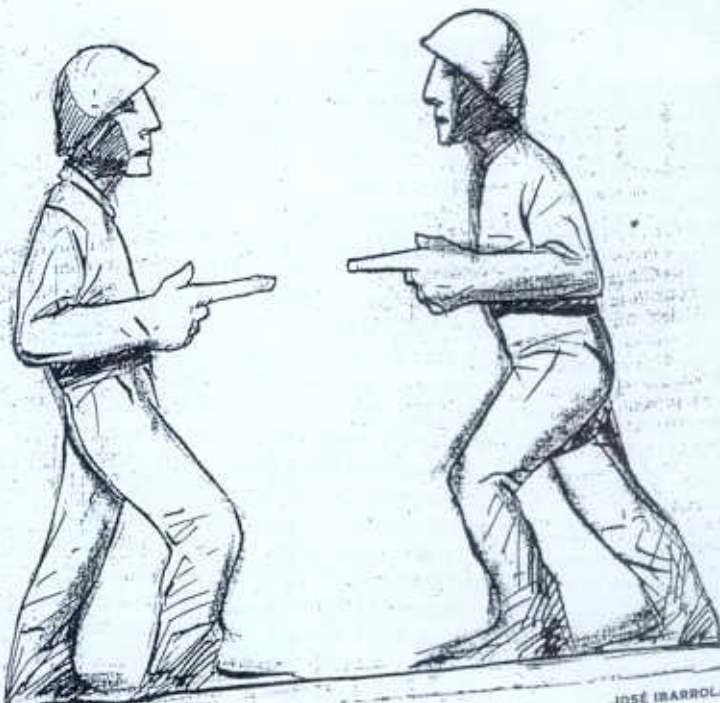
SANTIAGO DE PABLO CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LA UPV-EHU

«Es necesario huir de visiones unilaterales, victimistas o reivindicativas» de la Guerra Civil, dice el autor. «De ahí la importancia de proceder a un análisis serio de la represión durante la Guerra Civil en Vasconia, ya que el mejor homenaje a las víctimas no es inventar historias, sino reconstruir su historia de la forma más veraz posible»

En los últimos meses estamos asistiendo a un saludable ejercicio de recuperación de la memoria colectiva sobre la Guerra Civil, a través de libros, exposiciones e iniciativas legales de reparación a las víctimas. Lo que no es tan saludable es que esta recuperación se lleve a cabo sin el necesario rigor historiográfico o que los políticos traten de buscar similitudes, muchas veces forzadas, entre aquellos hechos y la actualidad. Se ha solido acusar en exclusiva al nacionalismo vasco de esta manipulación, y es verdad que el M.L.N.V. se lleva la palma, presentando la guerra en Euzkadi como un conflicto del «pueblo vasco contra Franco y sus aliados fascistas y nazis», pero no se trata de un defecto exclusivo del nacionalismo.

La polémica surgida en torno al decreto del Gobierno vasco, sobre indemnizaciones a los ciudadanos vascos represaliados por el franquismo, va en esta dirección, no tanto por el espíritu del decreto, sino por sus limitaciones, su carencia de presupuesto y el carácter electoralista y personalista de su publicidad. La creación de una comisión interdepartamental del Gobierno vasco, en diciembre de 2002, para proceder a la encomiable búsqueda de fosas de fusilados en la guerra, parece ir en el mismo sentido. Con independencia de la necesidad de resarcir a las víctimas y de asumir el pasado oculto por la dictadura, la forma en que se presentó esta iniciativa y las cifras aportadas en su momento parecen ser consecuencia de un deseo de superar el número de víctimas de otras comunidades, para ganar en pedigrí anti-franquista. Así, inicialmente se habló de 5.500 fusilados en las tres provincias, para al día siguiente rebajarlos a 3.100 (EL CORREO, 10 y 11-XII-2002), cifra que parece también exagerada a la luz de las escasas investigaciones existentes, puesto que un estudio reciente ('1936, Guerra Civil en Euzkadi Herrería'), nada fiable por su tendencia al alza, habían da 2.289 muertos entre 1936 y 1946.

La cuantificación de la represión franquista en el País Vasco y Navarra durante la guerra ha sido un tema polémico y a veces manipulado. En el caso de Navarra -donde la represión fue especialmente cruel- el estudio colectivo 'Navarra 1936. De la esperanza al terror' pareció dejar aclarado que hubo 2.789 muertos. Precisamente este libro ha vuelto a reeditarse recientemente, sin duda gracias a que una polémica declaración del Parlamento de Navarra, de marzo de 2003, hizo oficial la cifra de 3.000 (sic) asesinados en Navarra durante la guerra. Esta nueva edición -que, por otro lado, supone un esfuerzo de investigación artesanal encomiable- revisa las cifras de fusilados en Navarra hasreviéndose en oficiales y ya nadie cuestiona que fueran en torno a tres mil los fusilados. En realidad, los mismos aportes lo cuestionan, al incluir en el listado a centenares de navarros fusilados fuera del viejo Reino, junto a no navarros fusilados en Navarra, error metodológico que hace que nunca sepamos de qué estamos hablando, aunque en la duda



JOSÉ IBARROLA

siempre viene bien sumar unos cuantos cientos más.

Pero es que además se incluyen los muertos hasta bien entrada la década de 1940 (lo que tampoco parece correcto en un estudio sobre la represión en la guerra), se suma a personas que muy difícilmente pueden incluirse en el listado de represaliados, según el texto del propio libro, donde algunos que se incluyen en la lista final aparecen en el municipio respectivo como muertos sin relación directa clara con la represión, voluntarios carlistas desaparecidos en el frente de Madrid («al parecer, fueron detenidos y fusilados como desertores») o incluso un sacerdote de Cárcar muerto el 26 de abril de 1937 en Gernika, localidad que, como es bien sabido, estaba entonces en zona republicana. En otro momento, se da una cifra de presos muertos por enfermedad en el fuerte de San Cristóbal y se indica que, en realidad, podrían ser contabilizados como «asesinados» (por sus malas condiciones de vida), calificativo que sin embargo un pie de foto se niega a aplicar a un militar franquista, «muerto» por ETA décadas después.

Otras obras ligadas a la izquierda abertzale, como '1936, Guerra Civil en Euzkadi Herrería', tienen un singular empeño en sumar víctimas, incluyendo como fusilados a posibles muertos en el frente, contando como vecinos de Deusto -un municipio inexistente, pues había sido anexionado a Bilbao- a los no vascos fusilados en la prisión de dicho barrio, con objeto de poder sumarlos como vizcainos, o incluyendo como asesinados por los franquistas en Guipúzcoa a algunos fusilados en pueblos que en la fecha que señalan estaban bajo control republicano.

Algo semejante sucede con las cifras, que se siguen manejando, de muertos en el bombardeo de Gernika. Sin caer en las cifras mínimas de los historiadores neofranquistas (como Ricardo de la Cierva), las investigaciones más serias han demostrado que su número podría estar en torno a 200, aunque nunca será posible conocerlo exactamente por falta de fuentes. No obstante, algunos historiadores no vascos, como Julián Casanova, siguen afirmando que hubo 1.500

muertos e incluso el diario 'El País' (28-IV-1997), con motivo del sesenta aniversario del bombardeo, hablaba todavía de 2.000, sin que nadie hiciera ninguna rectificación al respecto, pues no habría sido políticamente correcto.

Además, en Historia es importante no sólo lo que se dice sino lo que no se cuenta y por eso sería bueno recuperar también la memoria de la represión en la Euzkadi republicana. Por ejemplo, frente a los 16 clérigos vascos y nazarcos (15 acusados de nacionalistas y uno de socialista) fusilados por los franquistas y que siempre aparecen representando al clero vasco, entre julio de 1936 y junio de 1937 fueron asesinados en la zona vasco-republicana 59 sacerdotes y religiosos (28 de ellos en la etapa del Gobierno vasco, incluyendo alguno que las fuentes califican de nacionalista, pero que tuvo la mala suerte de estar en el lado equivocado). Sin embargo, apenas se habla de ellos, a pesar de que su número es, como puede observarse, muy superior al de los clérigos fusilados en la otra zona. Además, casi ha desaparecido de la memoria colectiva -a pesar de que el Gobierno vasco tuvo la honradez de reconocerlo y perseguirlo- el hecho represivo más sangriento de la Guerra Civil en el País Vasco, que tuvo lugar en Bilbao cuando, en enero de 1937, tras un bombardeo franquista, grupos de milicianos, en su mayoría de la CNT y la UGT, asaltaron varias cárceles y asesinaron a 294 personas, sin contar las que murieron después a consecuencia de las heridas recibidas.

Por tanto, es necesario huir de visiones unilaterales, victimistas o reivindicativas, que, independientemente de la historia, tienden a construir una memoria sesgada de la guerra y de la dictadura franquista, a veces con objetivos políticos. De ahí la importancia de proceder a un análisis serio de la represión durante la Guerra Civil en Vasconia, ya que el mejor homenaje a las víctimas no es inventar historias, sino reconstruir su historia de la forma más veraz posible. De lo contrario, este esfuerzo sólo serviría para dar alas a los escritores revisionistas, que -so capa de combatir los mitos de los vencidos- se dedican a vender libros, sin investigación previa alguna, repletiendo de nuevo los mitos franquistas sobre el conflicto fratricida de 1936.